

VII.

Sueño perdido.

El poeta , el Conde y el Príncipe le hicieron el amor cada uno á su manera : el ruso habló de un collar de brillantes.

—No navego en esas aguas,—dijo Esther.

El napolitano le ofreció un castillo en su principado.

—No ; tengo miedo al Vesubio.

Alfredo de Musset le ofreció solamente su amor.

Poco faltó para que aceptara; pero su pasión por M. de Ravigny la dominaba aún. Quemaba su corazón , y le aprisionaba en su recuerdo. Además , esperaba siempre que volviera. El matrimonio con su prima estaba decidido ; pero no debía celebrarse sino tres semanas después : tres semanas son tres siglos para los enamorados que esperan. Se hacía mil ilusiones ; quería engañarse á sí misma.

Pero M. de Ravigny no volvió.

Á los quince días recibió una papeleta de par-

ticipación. Al leerla, vió las palabras con tal resplandor, que creyó quedarse ciega; su contenido era el siguiente :

«La señora Marquesa de Ravigny tiene el honor de participar á V. el enlace de su hijo, el Marqués Pedro de Ravigny, Secretario de Embajada, Caballero de la orden de Carlos III de España, y del León Neerlandés, con la señorita Blanca Leopoldina de Marignan, y ruega á V. se sirva asistir á la bendición nupcial, el día 17 de Marzo, á las doce de la mañana, en la iglesia de Santa Clotilde.»

Esther no quiso leer la papeleta que acompañaba á la anterior; lo arrojó todo al fuego, como si la llama del hogar hubiera podido extinguir la de su amor.

Un momento pensó que asistía á una comedia; que la felicidad de los esposos era una pura ilusión : el corazón humano goza en mortificarse; pero cuando llegó el día fijado, le pareció que el sol no brillaba en el firmamento, según lo negro que se le aparecía todo.

No quiso salir, y no recibió más que á Lili, el ángel del consuelo, por su dulzura adorable y por su encantadora travesura.

—¡ Ah, Lili! (le dijo, después de comer); aquí me tienes bien desengañada de los hombres : el primero ha perdido á los demás ; ¡ así, tu verás desde ahora cómo me burlo de todos los enamo-

rados! Para hablar lo mismo que los que se dedican á hacer frases, los sujetaré, mejor dicho, los uncluiré á todos á mi carro. Me parece muy natural que el carro de Thepsis sea arrastrado por Cupido.... ¡ Uf! me acordaré de esta frase....

—Entre tanto (dijo Lili), puesto que tu viudez te dejará algún tiempo desocupado, debes entretenerte en repasar la gramática.

—Mira, pedantilla; las mujeres como yo hablan como quieren, y arreglan y desarreglan la gramática á su gusto. ¿ Me tomas por una institutriz ?

Desde el día siguiente puso Esther en práctica su frase : unció á todos los enamorados á su carro. Á todos los utilizó, á los unos por su renombre, y á los otros por su fortuna. Le desagradaban los inútiles; pero en el mundo, como en el teatro, los inútiles se empeñan en representar un papel. Le costaba un trabajo ímprobo despedir á los necios, á los peligrosos, á los importunos y á los importantes.